

## (Étimos)

EMILIANO ÁLVAREZ

*Your name is like a train towards the past.*  
Edmund Rivers

*Todas las orillas del mar Vouru-Kasha están hirviendo,  
todo su centro está hirviendo, cuando ella corre allá  
abajo, cuando ella entra allá abajo, como una corriente.*  
“Ardui Sur Bano Yasht” (“Himno a las aguas”), del  
libro de oraciones *Avesta: Khorda Avesta*



Vivas por una máquina de viento,  
las sábanas despliegan su tejido.  
Debajo: cuatro piernas  
dobladas (paralelas  
en su geométrico acomodo blando);  
dos ovillados pelvis; un brazo rodea un torso;  
un pezón recubierto por la palma  
de una mano firme.

Despierta una mitad de la escultura.  
Se tambalea en el corredor. Chorrea  
la sonámbula agua que se sirve  
en un vaso dormido.

En lugar de limpiar,  
en la mancha dispersa y transparente  
mojo los pies y con los pies escribo  
el nombre que repite mi cabeza.  
¿De dónde esta palabra?  
¿Qué origen trae a cuestras  
su sonido? Remarco cada borde,  
asiento su humedad. Por la cortina  
se cuelan luces de la calle, y cada  
letra parece un fuego  
tímido. Sin embargo, algo sucede:  
su resplandor aumenta; su calor  
se desinhibe. Hierve, de pronto hierve, quema  
mis pinceles, que saltan asustados

- Poeta y ensayista, Emiliano Álvarez (Ciudad de México, 1987) es miembro de la mesa de redacción del *Periódico de Poesía* de la UNAM. Su trabajo ha aparecido en revistas como *Cultura Urbana* de la UACM y el mismo *Periódico de Poesía*. Es autor del libro *Otras voces* (La Diéresis, México, 2009).

de su lienzo. Los seco con un trapo,  
los unto, entre ademanes, con saliva,  
a ver si eso los calma.

Medito mientras tanto sobre el hervor del agua.  
Cansado y quejumbroso,  
concluyo que el absurdo es arbitrario,  
que en lo arbitrario está su poderío,  
como creí entender  
en versos de Cendrars por la mañana.  
Y a qué buscarle lógica a esta hora.

Camino hacia mi cama y mi mujer,  
a pasos cortos. Pienso: mi mujer  
no va a creermme; y qué decirle cuando vea  
mis pies rojos: ¿Amor, hirvió tu nombre?  
Con toda la cabeza digo no,  
no va a creermme; y qué  
extraño es caminar de esta manera.  
Lo que era frío mosaico se me ha vuelto metal  
cálido. Debe ser la quemadura.  
Elevo la mirada: lo que era  
mi pasillo es el dedo de una brújula  
que apunta, tiritando, al noroeste.  
Al fondo hay una luz y hay un estruendo,  
y la aguja déctica de la indecisa brújula  
(el piso de magnético metal  
por el que avanzo torpe) continúa  
y se convierte en la columna férrea  
de un camino de tren envejecido.  
Entre el ruido y la luz lo inundan todo,  
y no hay más que sentidos devastados.  
Cierro los ojos; trato de cerrar  
ambos oídos. Todo se calla y sólo  
quedan sonoras sombras, luminosos  
ecos. Desnudo tímpanos, pupilas.  
Frente a mí, gabinetes con asientos  
de terciopelo guinda roto. Desde  
afuera, por ventanas astilladas,  
se cuelan un rumor a mar y olor  
a algas, que se esfuman.  
Abajo pasan bultos que parecen  
jaurías de humeantes galgos,  
que corren entre verdes y amarillos  
pautados con cuadrículas aradas.

Después, agua de nuevo;  
 La rapidez decrece.  
 Manchones de petróleo, torres sucias  
 rodeadas de cadáveres marinos.  
 Jauría lenta de humo,  
 una ciudad se acerca:  
 piano sin límites que hiere hondo  
 con su música ronca.  
 Esta ciudad podría  
 ser la misma que habito, desde siempre.  
*Le ciel est comme la tente déchirée d'un cirque pauvre,*  
 pero esto no es Flandes,  
 ni es mi país, que Blaise cantaba, lleno  
 de pájaros y ruinas.  
 Avanzo hacia deslumbres  
 bruscos, y hongos de polvo inmenso crecen  
 sobre nómadas dunas que pastan viento y noche.  
 El movimiento frena su estruendor  
 sobre el desierto. A pocos metros hay  
 montículos de sombra; cimientos truncos, diques  
 de agua enlodada y quieta;  
 casas donde fue roto lo divino.  
*Le train,* súbitamente,  
*fait un saut périlleux,*  
 y se vuelve un rehilete desmedido;  
 El tiempo, un palpitante hilo de arena  
 que no cae, sino eleva su esqueleto;  
 el tiempo, una bromelia hecha semilla  
 que desciende del tronco de la ceiba:  
 Renace el sol del occidente, y muere  
 en menos de un segundo;  
 los días son más breves que segundos.  
 Se desentierra el esplendor: las dunas  
 se evaporan, y desde sus raíces  
 migajas de edificios se reencuentran:  
 vuelve a formarse el templo;  
 renacen de su muerte el dormitorio,  
 la escultura; los pigmentos brillan:  
 Torbellinos de piedra escandalosa  
 caen en lluvia, y el agua  
 vuelta en vida, llama arbustos olvidados.  
 Los siglos son minutos espirales,  
 el tiempo se contrae, y en un segundo,  
*Le train,* astro de hierro,  
*retombe sur ses roues.*  
 El tiempo es una niña que se acomoda el pelo,  
 y desde lejos por el aire viene  
 un rugido de río-tigre antiguo.  
*Le train palpita au coeur des horizons,*  
 esqueletamen de cetáceo de una prehistoria inversa.

Desciendo de su vientre.  
 Camino rumbo al fuego en las almenas  
 de una muralla altiva.  
 Arriba de un umbral se lee: “Ciudad  
 de Susa” en un idioma que extrañamente entiendo.  
 En la ciudad no se ve un alma,  
 a pesar de sus pálpitos de hogueras,  
 de su viento que carga agua sonora,  
 de su color fosforesciendo brusco,  
 de sus paredes firmes, de los rastros  
 de comida y de sangre,  
 de sus huellas marcadas en el polvo,  
 de su tintura húmeda en vasijas,  
 de sus ofrendas tibias, del eco vivo aún  
 nacido de herramientas volviendo la planicie  
 en relieves de vida alucinante:  
 felinos de alas largas con cabezas  
 de hombres que miran de perfil por siempre;  
 caballos blancos de brillosos cuernos  
 y de erizadas plumas;  
 pescados en bandejas a los pies  
 de una mujer que teje usando su esqueleto,  
 mientras otra mujer atrás de la hilandera  
 la abanica; ataviados hombres firmes  
 con carcajes y lanzas de esmeralda,  
 con túnicas de tela en movimiento.  
 Al fondo del palacio,  
 una figura femenina danza.  
 Me paro frente a ella.  
 Su falda es de castores vivos, salen  
 corrientes de sus piernas  
 que son miles de ríos puros, cada uno  
 tan extenso que un hombre tardaría  
 cuarenta días y noches  
 en galopar por su ribera; fluye  
 de sus pezones fúlgidos la leche  
 que cada madre necesita; el sexo  
 suyo es el que decide cuánto semen  
 habita en los testículos del hombre;  
 brillan sus manos llenas de cereales,  
 y ponen la pastura del ganado.  
 Mis ojos se detienen en sus ojos;  
 sus ojos se despiertan,  
 sus ojos de agua en llamas.  
 Mis pies arden. De nuevo, mis pies arden  
 y no puedo moverme.  
 Se extiende por mi piel la quemadura.

En la pared se escribe  
 un nombre en agua hirviendo. ~